

IV Festival Internacional de Literatura en Buenos Aires, 2012

ENTREVISTA AL ESCRITOR FABIO MORÁBITO

“La cotidianeidad me parece el espacio por excelencia de la literatura”.

Soledad Del Rosso (CELEHIS-UNMdP)

El autor de *Grieta de fatiga* y *La vida ordenada* participó del IV FILBA en Buenos Aires; en su paso por la ciudad conversamos con él. Nos contó por qué “la cotidianeidad es el espacio por excelencia de la literatura”. Reflexionó sobre Kafka, Cortázar, Borges, la importancia de la no–explicación y sobre un supuesto central de su escritura, una clara conciencia de los límites del lenguaje: “Toda gran escritura es pesimista... nos transmite una idea de insuficiencia de las palabras”.

Fabio Morábito nació en Egipto, en 1955. Vivió en Italia hasta los quince años y luego se mudó a México (donde reside actualmente). Es poeta, narrador y traductor, tendiendo puentes entre el italiano y el español. En esta entrevista nos reafirmó lo imaginable en algunas de sus fotografías: un rostro de mirada serena y tono pausado. Entre sorbos de café meditó sus respuestas, interpelándose como en sus relatos, eligiendo cuidadosamente sus palabras. El lector que recorra los relatos de Morábito se encontrará con historias leves sólo en apariencia; en realidad todo lo que allí sucede, inquieta, como la llaga en la boca, que perturba pero no podemos dejar de tocarla.



1- *La vida ordenada*, volumen de reciente aparición en Eterna Cadencia. ¿Por qué ese título?

Bueno, los títulos no se sabe siempre muy bien por qué se ponen y a veces no corresponden, por lo menos de una manera muy explícita, al contenido del libro. Yo creo que en ese caso todos los cuentos giran alrededor de la búsqueda, por parte de los personajes, de una vida. Pasan todos por una crisis no muy llamativa. No es que les haya pasado algo en concreto, pero están en una especie de cansancio, de desencanto, y sienten o bien que su vida estuvo demasiado ordenada, y eso forma parte quizás de la crisis, o anhelan una vida ordenada quizás de otro orden, una

vida con todas las fichas en su sitio, porque se sienten interiormente fuera del camino. Y por otro lado, todos los cuentos del libro giran alrededor del departamento, del espacio doméstico, que suele ser un espacio ordenado, por lo menos para quien vive. A lo mejor, para otros ojos un departamento puede parecer un lugar desordenado, caótico, pero ése es el orden que puso el habitante. Entonces funciona un poco como escenario. Vamos a entrar en unas vidas ordenadas, y lo que menos encontramos es orden. Encontramos rupturas, todo por debajo. Esto no es que yo lo haya proyectado así, sino que así fueron saliendo, un cuento como que convocaba el otro. Y siento que es un libro muy parejo en todos los sentidos, no porque yo lo haya decidido de ese modo, sino porque se me hizo obsesivo lo del espacio doméstico.



2- En una entrevista con la revista “Babab” (2000) Ud. se definió como “un lector desordenado en la niñez” ¿Estas ideas de desorden/ orden tienen, además de lo que dijo antes, alguna injerencia a largo de su trayectoria como escritor?

No particularmente, yo creo que todos los lectores somos desordenados. Además, no sé tú, pero yo en distintas épocas me hacía listas de lectura, “tengo que leer esto, y no puedo dejar de leer esto otro”, y luego a la segunda lectura uno ya traicionaba todo eso. No, no es una idea que yo sienta que es particularmente importante para mí, pero sí hay como siempre, al haber siempre una ruptura, una crisis, una grieta de fatiga en todos mis cuentos, un momento en que un orden se colapsa, entonces de algún modo el orden de las cosas me importa, porque los cuentos surgen de la ruptura de ese orden. Yo creo que toda historia, cualquier cuento, se vuelve algo interesante para contar porque el orden acostumbrado de las cosas se quiebra, se subvierte o simplemente se pone en duda.



3- En “El arreglo”, uno de los cuentos del volumen *La vida ordenada*, se cercenan los ambientes de un departamento y se avanza sobre ellos. Ud. suele hablar de Borges pero ¿“Casa tomada” y Cortázar han tenido algún peso respecto de su escritura?

Sí, claro, mucho. Es un cuento que me enseñó algo muy importante que es no dar explicaciones. Es decir, la belleza de ese cuento es que todo lo que ocurre es inexplicable y, sin embargo, es totalmente convincente. No sabes quiénes son estos que tomaron la casa, por qué lo hicieron, cuándo empezó, y sin embargo no dudamos en lo más mínimo de que es real, y de que es inevitable además; que es fatal e inútil revelarse a esto. Creo que Cortázar ha sido un gran maestro de la no explicación. Bueno, eso viene de atrás, de Kafka seguramente; y a lo mejor, si buscamos... la primera línea de *La metamorfosis* es inexplicable, y Kafka se vuelve Kafka porque no da explicaciones. Si hubiera dicho: “bueno esto que ahora es un bicho, una cucaracha es porque...”, cualquier cosa que haya dicho, aunque sea genial, lo hubiera convertido en un autor tradicional. Él sintió que no tenía que dar ninguna explicación y eso lo convierte en lo que era. Y Cortázar fue, en ese sentido, un gran maestro de la imperturbabilidad.

4- Las historias narradas en *La vida ordenada* transcurren dentro de departamentos, casas, espacios interiores, tal como anticipó. ¿El universo urbano visto desde interiores sería un común denominador?

Sí, seguro. No recuerdo cuál fue el primero que escribí. Creo que fue “El arreglo”. Ese fue el único cuento que soñé. Yo desconfío mucho del sueño como inspirador, pero ese cuento depende mucho de un sueño que tenía en raíz todo el cuento. Es decir, llego yo a casa de mis tíos y me encuentro que la casa ha sido tomada. Y sobre todo, en el sueño era muy importante que la habitación de mi primo hubiera quedado al otro lado del rellano. Eso lo soñé, y he dicho: “acá hay un cuento”, y lo fui desarrollando después. Y ese cuento, por ser el primero, seguramente me exigió seguir investigando en eso de los espacios cerrados, que me gusta mucho en general.



5- Estos espacios cerrados derivan en otro énfasis, los espacios de la intimidad. Vuelvo a su primera respuesta y pienso en sus personajes: se sienten inseguros en espacios donde debieran sentirse amparados.

Bueno precisamente por eso, tú lo has dicho, por ser los espacios seguros por excelencia qué mejor lugar para demostrar que la seguridad nunca es total en ningún sitio, justamente donde nos sentimos más protegidos es donde quedamos más desvalidos.

6- ¿Y el apego a la intimidad y la mirada erotizada, presentes en *La vida ordenada*, que pasa por el detalle, podrían ser respuestas a la vida en un contexto urbano superpoblado, el del DF por ejemplo? ¿Una suerte de contraste?

¿Como contraste simplemente? No sé, no lo había pensado. Tal vez, pero yo siento que en esos cuentos, sobre todo el erotismo, el sexo, es una prueba más de la crisis por la que pasan los personajes. Y sobre todo una prueba de la falta de comunicación. Como que las palabras ya no funcionan, y entonces empieza a tener cada vez más importancia el lenguaje corporal, los gestos. Muchos diálogos son diálogos fracasados, fallidos, o muy reducidos al hueso, como si las palabras estuvieran ahí de adorno un poco. Entonces, el cuerpo, la mirada, el tono de la voz, los gestos empiezan a ser cada vez más importantes.

7- Esto aparece también en *Grieta de fatiga*. Pienso en “Los búlgaros”, el narrador lee a través del lenguaje corporal de su mujer.

Claro, en todos los cuentos hay una importancia muy fuerte de los gestos. De hecho en los diálogos siempre procuro que el lector sepa muy bien qué expresión tiene cada uno de los que dialogan. Siempre me preocupa eso, que sea un poco cinematográfico. No es que sean sólo palabras. Y eso porque las palabras en los diálogos suelen ser más un vehículo de comunicación que de verdadera información, profundización. Cada uno de los personajes se desarrolla a solas y los diálogos son siempre un poco fallidos; de pronto cuando te falla eso recurras a otro vínculo de comunicación que es el cuerpo, y de ahí al erotismo y al sexo. Yo lo veo más por ese lado.

8- Esta desconfianza en las palabras me recuerda otro cuento de *Grieta de fatiga*: “La cigala”. Allí es llevado al extremo...

Sí, Claro, a la comicidad y un poco a la tragedia. Es que las palabras significan todo, significan nada. Es decir, cómo definir una palabra, para cada quien significan cosas distintas. Ahora, no sé si hay como tema central en lo que yo escribo una desconfianza hacia el lenguaje, pero sí una clara conciencia de sus límites, eso clarísimo. Por eso el aspecto físico empieza a cobrar cada vez más importancia, porque aunque no lo queramos y seamos muy civilizados, y la civilización se

expresa a través de diálogo, seguimos siendo animales intuitivos que prestamos muchísima atención a los aspectos y las apariencias, por lo tanto al aspecto físico.

9- En el cuento “Los búlgaros” ¿agudizar la mirada deforma la percepción del otro? ¿Encontrar la grieta y penetrarla es ver cosas que en la superficie no se perciben, pero que están allí? Pienso en la escena en la que el narrador describe la tira negra que se hunde entre las nalgas de su mujer. Más se acerca la mirada a ella, más la masculiniza.

Sí, claro. No sé si *deformar*, pero siempre el erotismo es manipulación del otro. Y lo manipulamos para que quepa en nuestra visión más viciosa, más gozosa. Es un teatro, un juego teatral donde nos enmascaramos y exigimos que el otro se enmascare, y jugar ciertos papeles. Eso es un poco la libertad y el goce del sexo. No es que seamos como somos, sino que más bien nos damos el lujo de poder ser de manera muy diferente, o de muchas maneras, y si a eso le queremos llamar *deformar*, bueno, a mí no me parece mal la palabra; porque la *deformación* siempre es un principio de creación. Quitas la forma porque estás buscando forma también. ¿O era una pregunta feminista?... (Risas)

10- A propósito de buscar... ¿los narradores y personajes de los dos volúmenes *Grieta de fatiga* y *La vida ordenada* portan la mirada del voyeur? Pienso en cuentos en los que la mirada apunta al detalle: tobillos, busto, uñas de mujer.

Sí, a ver... ¿Por qué dije que sí? Siempre somos así. Es decir, ahora mismo, en esta entrevista nos miramos, miramos más de lo que decimos. Yo no te digo todo lo que miro en ti ni tú me dices todo lo que has observado en mí. Dejamos que las palabras vayan por un lado y nuestras miradas y gestos por otro. No necesitamos que se correspondan. Y cuando, claro, existe una atracción en esos personajes esto aumenta mucho más, entonces el personaje se fija en los pies. Tampoco es fetichismo, podría serlo en todo caso, pero el cuento no desarrolla eso. No, yo no diría eso, porque el voyeur finalmente es una figura pasiva, que se conforma con eso, y que necesita esa distancia además, que tiene terror que eso pase a otra cosa, y eso no pasa en los personajes, no es que sean emprendedores, pero es obvio que se sienten afectados más bien. Y uno imagina que pueden ir más allá de una simple satisfacción visual.

11- En sus cuentos el quehacer escriturario y/ o lector parecieran una actividad más entre tantas de cualquier persona (“Los crucigramas”, “Los búlgaros”, “El arreglo”, “Las correcciones”, “El valor de roncar”) ¿De alguna manera se intenta desmitificar la escritura y/o la lectura?

No, para nada. La cotidianeidad me parece el espacio por excelencia de la literatura. Hasta en los libros menos cotidianos, como podría ser, no sé, una novela de guerra, incluso una novela de ciencia ficción, el elemento cotidiano es insoslayable. Ahora, una inmensa literatura presta atención a los espacios cotidianos, incluso Borges dentro de todas sus especulaciones siempre nos sitúa en espacios muy concretos donde sentimos que pasan las cosas más normales y aunque no los describa tiene

esa preocupación, porque justamente eso es importante para después despegar hacia otra dimensión, para no quedarse ahí. Igual, en esas historias cotidianas, todo pasa ahí, pero al mismo tiempo uno se da cuenta que la cotidianeidad es muy ilusoria, es decir, todos los días en realidad hacemos cosas distintas, y pasan cosas diferentes. Una desmitificación del quehacer literario no creo que tenga que ver. A mí no me interesa desmitificar, porque no me interesa que eso aparezca como un tema, el escritor mirándose escribir. Si cuento un cuento en eso soy muy tradicional, quiero que el cuento emocione, atrape al lector, y no a través del cuento postular alguna poética de la escritura. Que se puede desprender, siempre se va a desprender, pero que me ufane en eso no, en lo absoluto.

12- La mirada hacia el detalle, hacia lo mínimo, suele aparecer en sus cuentos. Los personajes, los narradores ven cosas que otros no ven ¿Esto es así?

Sí, sí. Todo lo que un personaje hace, no solo lo que dice, es muy importante. Entonces es lógico que el narrador termine por fijarse en detalles mínimos y en darle mucha importancia. Eso si forma parte de la poética. Si voy a producir una serie de tensiones narrativas, a partir de hechos intrascendentes, de una manera gradual, sutil, tengo que empezar a fijarme en muchísimas cosas. Muchas veces, cuando yo escribo, tengo una necesidad distintiva de poblar mi espacio, porque muchas veces son esos objetos los que me van a permitir encontrar la forma de desarrollar y resolver la historia. Es decir, un cuento despliega sus jugadas, su

espacio y para el propio autor de pronto es inexplicable por qué introduce una mesa, un personaje secundario que pasa por ahí en ese momento, un sombrero colgado en el perchero; no sé, uno lo hace, pues, para darse valor y para ir armando un poco la historia. Y de repente, esos objetos o esas situaciones intrascendentes acuden en ayuda de la historia, y si el escritor lo sabe aprovechar, muchas veces son decisivos para la propia historia. El propio autor se sorprende de que aquel detalle tan intrascendente, que lo había puesto solamente para ir creando paisaje, de repente sea decisivo para entender o para resolver algún nudo de la historia. Entonces los detalles siempre guardan alguna importancia, no son solamente decorativos, a veces lo son, pero a veces empiezan a cobrar una marca más protagónica.

13- Las marcas son un tema recurrente en su narrativa ¿Por qué sus personajes subrayan o son subrayados?

Es un tema que me gusta mucho. En “El arreglo” tiene un papel muy importante. En *Grieta de fatiga*, en “Los crucigramas”. A mí me parece muy emocionante. Bueno ahí puede ser que haya una cosa de voyeur, pero más que de voyeur de detective, aquel que sigue una pista. Por qué subrayo una palabra y qué delata de esa persona subrayar. Mis personajes suelen ser muy cavilosos; la misma soledad los vuelve así, piensan más de la cuenta. Entonces, cualquier detalle, y más un detalle significativo como un subrayado o una huella, empieza a hacerles girar la cabeza.

14- A veces terminan siendo cuentos policiales...

Sí, sí, claro. A mí me importa mucho que haya suspenso, siempre. No es que esté casado con la idea de que el cuento tiene que sorprender al final, pero sí me importa que de algún modo el cuento cierre con fuerza, cierre con cierta potencia. Y no necesariamente para sorprender al lector, pero el suspenso siempre es así. Es decir, si tú creas un suspenso tienes que ser consecuente con eso. Y dar algún tipo de solución, que muchas veces no es la esperada, o la intuida por el lector.

15- Un poco reformulándolo Ud. dice sentir cierta desconfianza en las palabras y en la comunicación en el sentido tradicional. ¿Esto tiene relación con su condición bilingüe, con vivir entre lenguas?

Tal vez, no lo había pensado. Supongo que sí, porque escribir en una lengua no materna lo pone a uno en un estado de desconfianza hacia el lenguaje o hacia los propios medios, nunca uno es del todo natural. Y eso, seguramente, desde el punto de vista psicológico crea una serie de alertas, de reticencias, que hace que eso se pueda convertir en un tema, en un contenido. No lo había pensado, pero me parece muy interesante.

16- ¿Y en este sentido, la literatura se transforma en un espacio en el que escribir no es tan seguro? ¿Estamos alerta de lo que estamos haciendo, mirando cuidadosamente qué poner?

Sí. Yo pienso que un escritor, por ahí en una entrevista o un artículo lo dije, es el que no sabe escribir porque se da cuenta como nadie de la dificultad de escribir. Y eso obviamente es el encanto de la literatura. Cuando leemos estamos frente a alguien que ha sopesado cada palabra y que cualquiera de esas es insustituible por otra, y ha tomado decisiones, de las cuales muchas veces se arrepiente. Y nos está constantemente recordando el fracaso de la escritura. Toda gran escritura es pesimista en ese sentido, nos transmite una idea de insuficiencia de las palabras. Claro, eso es un estado de alerta, por lo menos despierta de tu optimismo de que realmente nos podemos comunicar simplemente con un uso adecuado de las palabras. Eso no existe, eso solo existe en las cartas comerciales, por ejemplo, y tampoco.

17-¿Cómo percibe la recepción de sus libros en Argentina?

Me ha parecido muy cálida en general y distinta a la recepción en México. En México ha sido muy cálida también, pero aquí hay otra tradición literaria. Por ejemplo: aquí la literatura italiana tiene una importancia, o ha tenido históricamente una importancia que en México no ha tenido para nada. Y en ese sentido concretamente, debido a la importancia de la literatura y tradición italiana de lo que

yo escribo, aquí me he sentido más comprendido, comprendido en cosas que en México de pronto no han sido registradas. Estoy muy satisfecho, son tres libros de cuentos, es un género poco afortunado editorialmente, que se vende poco, y por el número de reseñas y artículos que han salido, incluso comentarios en la red, me parece que no han pasado inadvertidos.

18- En relación con la red ¿Su quehacer literario se vincula con el uso de las nuevas tecnologías? Pienso en su intervención ensayística en la revista *Ñ*. ¿Es importante para Ud. publicar en la red?

No he pensado en la red, cuando pienso en *Clarín* pienso en el periódico que compras en la esquina. Tengo todavía eso. Fíjate que lo de la red me parece interesante porque hay más comentarios, pero muchos resultan ser bastante superficiales, digamos hay un engaño en cuanto a que cualquier cristiano puede poner en la red algo que tiene la apariencia de un artículo, y entonces es una trampa, porque luego uno lee eso como un artículo, se deja llevar necesariamente por la apariencia, y por supuesto no es ningún artículo, no ha pasado por el filtro crítico de nadie. Hay artículos muy buenos, textos muy bien cuidados, pero también hay una inmensa porquería que no sirve para nada y que sin embargo por lo menos desde la apariencia tiene el mismo estatus que el otro. Creo que ese es el peligro de la red. Yo la verdad no soy muy navegador y no le doy tanta importancia porque no creo que podemos hablar de una tecnología de la palabra. ¿De una nueva tecnología de la comunicación? Tal vez, o una intensificación. ¿Pero que eso haya cambiado nuestros hábitos de comunicación o literarios? Pues está por verse.

Habría que postular alguna idea muy concreta al respecto y ver si funciona. Yo no he visto ninguna. Es muy fácil decir “el mundo está cambiando porque la internet...”, pero a ver, a ver ¿Qué está cambiando realmente? ¿Nuestra imaginación, nuestra forma de establecer o crear libros o personajes o imaginar historias, eso está cambiando? ¿Y en que está cambiando, entonces? Nadie ha dicho nada sobre eso. Entonces se presume porque hay una nueva tecnología que ha cambiado nuestra forma de vida, y que eso vaya a cambiar nuestra mente. No se, habría que verlo.

19- Finalmente ¿Por qué *Cuando las panteras no eran negras*?

¿Por qué lo escribí o por qué cuando las panteras no eran negras?

Ambas.... (Risas)

A mí me pareció un título muy sugestivo, un poco cómico, y de pronto pienso que todo lo que escribo pertenece a la literatura infantil. Es decir, todos mis libros de algún modo apelan no un lector infantil pero sí a una psique infantil o me parece que esa psique es muy importante. Todo lo que de infantil tenemos tiene de algún

modo que intervenir en la lectura de mis cuentos, como ciertas emociones elementales: miedo, duda, ganas de huir, en fin. Y el género infantil, que se basa mucho sobre el tema de la sobrevivencia porque se basa mucho en el peligro (lo que les encanta a los niños es el tema del peligro) permite justamente un gran uso de la gestualidad, de los movimientos propiamente animales del ser humano. El género siempre me ha interesado, más como escritor que como lector; casi no leo literatura infantil, gran parte de la literatura infantil es un poco aburrida, siempre un poco de moraleja. Muchas veces un libro de viaje o un cuento que transcurre en la selva, incluso para adultos, puede ser más literatura infantil que cualquier otro postulado como tal. En fin, a mí los animales me encantan. Quiero decir, me interesa mucho la animalidad como tema. Me parece un misterio constante, permanente, que no olvidamos nunca, por más ciudadanos que seamos la presencia animal siempre está ahí, cuestionándonos, porque obviamente somos parte de eso.

Bueno, muchas gracias Fabio.

Bueno hombre... espero que te haya servido Soledad.

¡Desde Luego!

El justificante

Texto cedido por Fabio Morábito

Me fascina la anécdota de aquel hombre a quien su mujer le pidió que escribiera un justificante para su hijo que había faltado a la escuela. Mientras ella se apura en los

preparativos para salir con el niño rumbo al colegio, el hombre lucha en la mesa del comedor con el justificante: quita una coma, vuelve a ponerla, tacha la frase y escribe una nueva, hasta que la mujer, que está esperando en la puerta, pierde la paciencia, le arranca la hoja de las manos y, sin sentarse, garabatea unas líneas, pone su firma y sale corriendo. Era sólo un justificante escolar, pero para el marido, que era un conocido escritor, no había textos inofensivos y aun el más intrascendente de ellos planteaba problemas de eficacia y de estilo. Quise escribir el justificante perfecto, confesó el hombre en una entrevista. En efecto, escritor es aquel que se enfrenta como nadie al fracaso de escribir y hace de ese fracaso, por decirlo así, su misión, mientras los demás, sencillamente, redactan. Podemos estirar esa anécdota e imaginar a alguien que, sogá en mano, a punto de colgarse de una viga del techo, se dispone a redactar unas líneas de despedida, toma un lápiz y escribe la consabida frase de que no se culpe a nadie de su muerte. Hasta ahí va bien la cosa, pero decide añadir unas líneas para pedir disculpa a sus seres queridos y, como es un escritor, deja de redactar y se pone a escribir. Dos horas después lo encontramos sentado a la mesa, la sogá olvidada sobre una silla, tachando adjetivos y corrigiendo una y otra vez la misma frase para dar con el tono justo. Cuando termina está agotado, tiene hambre y lo que menos desea es suicidarse. El estilo le ha salvado la vida, pero quizá fue por el estilo que quiso acabar con ella; tal vez uno de los resortes de su gesto fue la convicción de ser un escritor fallido y tal vez lo sea, como lo son todos aquellos que pretenden escribir el justificante perfecto, que son los únicos que vale la pena leer. Escriben para justificar que escriben, la pluma en una mano y una sogá en la otra.